

LA MARIPOSA NO VUELA

A propósito de la salud mental de nuestros estudiantes

CARLOS SALINAS ARANEDA
Profesor adscrito de la Escuela de Derecho

Una niña observaba cómo una mariposa, dentro de su capullo, forzaba la salida intentando rasgarlo con sus patas. Impaciente y para ayudarle en ese trance vital, la niña le facilitó la salida rompiendo ella misma el capullo. La nueva mariposa, con sus alas plegadas, anduvo torpe por la mesa bajo la mirada atenta de la niña, pero, aunque pasó el tiempo, la mariposa no voló. La niña decidió entonces volver a ayudarla y posó la mariposa sobre el alféizar de la ventana y la empujó a volar. Pero, para su sorpresa, la joven mariposa fue incapaz de levantar el vuelo y cayó al suelo. Llorosa acudió a su abuelo quien, después de escuchar la explicación de su nieta, le explicó lo que había pasado: para salir del capullo, la mariposa debe frotar enérgicamente sus patas, esfuerzo que le permite bombear la sangre de su corazón de manera que la misma alcanza hasta las alas que logran así desplegarse para realizar su función natural, esto es, volar. Al no haber recibido esta presión sanguínea por la ausencia de esfuerzo, evitado con la mejor de las intenciones por la niña, a la mariposa se le habían atrofiado los instrumentos necesarios para volar.

Cuando leí esta anécdota no pude evitar pensar que aquí radica en medida no menor el drama de la educación actual: los educadores, empezando por las familias y siguiendo por las escuelas y colegios, están, no dudo que con la mejor de las intenciones, están atrofiando a los niños y jóvenes de hoy, dando, así, pie a una generación blandengue.

No hace mucho que el éxito de la educación consistía en formar jóvenes con carácter. Esta palabra hoy es una palabra prohibida porque asusta. Pero ni entonces ni hoy tener carácter es ser terco y egoísta, sino que, por el contrario, tener carácter es tener principios e ideas claras, voluntad firme de alcanzar las metas propuestas, alegría contagiosa y capacidad de liderazgo, siempre al servicio de los demás. Por supuesto que en esta tarea se producían fracasos, pero estos no frenaban una voluntad decidida para conseguir las metas propuestas. Muchos de los científicos, deportistas o líderes morales no habrían sido tales sin ese esfuerzo superador. No es de extrañar, entonces, que el entrenador desde la infancia de Rafa Nadal, el tenista español campeón mundial, escribiera un libro al que tituló *Todo se puede entrenar*¹, en el que hace un repaso a todos los principios que inspiran su exitoso método, comenzando por una tajante defensa de la formación del carácter frente a la formación técnica como pilar indispensable del triunfo. Saber competir en cualquier ámbito exige no sólo poseer una serie de conocimientos en la materia correspondiente y desarrollar destrezas con virtuosismo, sino sobre todo, tener la fortaleza emocional necesaria para afrontar las situaciones de presión y ser capaz de revertir procesos adversos.

El propio sistema educativo, y nosotros no estamos siendo ajenos a esto, se está encargando, de forma obsesiva, de suprimir la disciplina y de atraer cada vez la más

¹ NADAL, Toni, *Todo se puede entrenar* (Barcelona, Editorial Alienta, 2015).

escasa capacidad de atención de los jóvenes con metodologías lúdicas, divertidas. Cualquier fracaso es atribuido a agentes o factores externos: las condiciones sociales, la metodología, la exigencia de los deberes, cuando no algunas de las modernas enfermedades con carácter casi epidémico que no son más que problemas conductuales elevados a patológicos. Jamás se plantea si la causa se debe a la falta de colaboración por parte del alumno, lo que toda la vida se ha llamado esfuerzo, trabajo, capacidad de sufrir gastando los codos. La culpa es siempre externa, la responsabilidad personal, de acuerdo con estos parámetros, simplemente no existe. ¿Qué tiene de extraño, entonces, que con estos adultos cada vez más infantilizados, ocurra lo mismo en la sociedad actual?

La consecuencia de todo esto es que estamos criando una generación blandengue que no tiene tolerancia a la frustración por no haber aprendido a sufrir. Pero la inexistencia de esta asignatura no evita el sufrimiento, sino que lo incrementa de modo alarmante como lo demuestra el hecho de que las consultas psiquiátricas están llenas de jóvenes con problemas neuróticos, en buena medida de origen conductual o el aumento del consumo de ansiolíticos para paliar las consecuencias, no las causas, de la ansiedad generacional y un largo etcétera, como la prensa se ha encargado de poner de relieve. No le echo la culpa de todo a la falta de tolerancia a la frustración, pero no cabe duda que tiene mucho que ver.

Educar en la vida es decir muchas veces no a los deseos incesantes del joven. Es mostrarle que no es el mejor ni tiene derecho a todo. Pero también es enseñarle que hay muchos aspectos en que él es único y que puede ser el mejor si logra superarse renunciando a placeres inmediatos para conseguir logros duraderos. Los beneficios de saber decir no y de saber superarse son muchos: aprender a valorar lo que se tiene, ser agradecido con lo que se recibe, saber esperar el momento oportuno, no temer al fracaso, superar las dificultades y sobre todo, la inmensa felicidad que todo ello conlleva.

Un gran profesor a quien he tenido la suerte de conocer me confiaba el consejo que recibió de uno de sus maestros al iniciar su vida profesional: hay dos tipos de profesores, le dijo: los que reprueban a sus alumnos, si es necesario, para que aprueben la vida; y los que los aprueban para no tener problemas y que sea la vida la que los repruebe. El maestro que ama a sus estudiantes es el primero que sabe dar disgustos y llevárselos².

Dejemos volar a nuestros jóvenes, no se lo impidamos quitándoles la oportunidad de superarse: esta es, con urgencia, la salud mental que requieren nuestros alumnos. Gracias.

² GÓMEZ TRINIDAD, Juan A., *La mariposa no vuela*, en *Estar*, 316 (Madrid, junio 2019), pp. 24-25.